

Embalar es más fácil, sobre todo si somos organizados y empezamos la tarea con tiempo. El agobio llega después cuando, una vez en "la casa nueva", nos disponemos a combatir la invasión de cajas, canastos, valijas y muebles desparramados. Con ansiedad ponemos manos a la obra para que el paisaje cambie de color, y que este desastre se convierta algún día en un refugio cálido y acogedor.

Los señores del camión colocan a pedido nuestro los bártulos distribuidos en los ambientes y se van. Quedamos solos, de cara a nuestra vida y a nuestros recuerdos apilados dentro de varios contenedores.

La cocina es la peor pesadilla. Empezamos de a poco y se viene el mediodía. Queremos encontrar un plato, un vaso y un par de cubiertos. La misión es complicada y la Ley de Murphy jamás falla. Obvio que encaramos los diez canastos etiquetados con la palabra en cuestión y en ninguno está aquello que buscamos. Sí aparece, en cambio, toda esa sarta de "porquerías" que en la casa anterior guardábamos en el segundo cajoncito de la izquierda y que, una y otra vez, vaciamos y descartamos. Pero quién sabe por qué aquí están de nuevo con nosotros (y hasta viajaron en el camión). Habría que analizar un poco más a la raza humana para comprender por qué en todas las familias, siempre pero siempre, hay un lugar que atrae todo tipo de objetos y variedades: gomitas de pelo, un cepillo, biromes, tabletas de analgésicos, monedas y hasta caramelos que quedaron de alguna bolsita de cumpleaños.

Dicen que "casa nueva es vida nueva", y llegar al sueño de la casa propia vale estos canastos, esta movida y este desorden que —horas y horas de trabajo mediante— algún día se volverá habitable. Y vale también cada uno de los mil y un rubros que comenzarán a desfilar durante varios días y hasta meses con un solo objetivo: saciar nuestras necesidades y poner a punto nuestro hogar por estrenar.

Rosario Lanusse
Directora